

can nuestros ediles la necesidad en que se hallan por razón de equidad de justicia y de orden de elaborar un acuerdo que consulte con estas tres virtudes bases de la moralidad en los pueblos.

M. D. M.

RECORDAMOS

a nuestros favorecedores que el 7 del entrante se cerrarán los talleres de la Imprenta y no se reabrirán hasta el 10 de Enero p. v.

Los trabajos que desearan confiarnos deberán remitirlos a mas tardar el 1.º de diciembre.

Ecos del Centenario

Discurso del Sr. D. José Gregorio Hernández

Señores:

En nombre de la Honorable Junta organizadora de las ceremonias de hoy, a la memoria de la que más alto ha puesto el honor de su sexo en las campañas de la Libertad de América, vengo en mi carácter de Institutor mas antiguo del Territorio, a unir mi voz al concierto de alabanza que los colombianos elevan al resurgir glorioso en el suntuoso templo de la Historia el nombre de Policarpa Salabarrieta.

No era que hubiese muerto en el corazón de sus compatriotas, por que ella "Yace por salvar la Patria"! Es que hoy la mano del tiempo coloca una de las miras o jalones en la trayectoria que ha de recorrer la que, siendo hace un siglo, Colonia de España, quedó convertida en Nación independiente, al precio de la sangre de la Juana de Arco de Colombia; y al marcar mano desconocida la fecha inolvidable, la acom-

pañamos enarbolando la enseña que las manos delicadas de la mártir uniera con los colores del iris, y con patriótica misiva remitiera a los bravos luchadores, que supieron llevar vencedores a vengar la muerte de su ángel tutelar, reconociendo hoy, como entonces, las sublimes enseñanzas de la altiva hija de la ciudad de Guaduas.

Tras larga noche medioeval, que en vano pretenden prolongar los dominadores, fulge una estrella en el cielo, que anuncia a las regiones que el Magdalena surca, que en el gran Calendario sideral anota que el poderío peninsular caduca, en la tierra que en vez de embellecer con sus legiones hicieron de su raza escarnio, porque sólo tuvo en su mente fijo el peculado de la inno- ble caterva castellana.

Radió su luz, y elaboración fecunda levantó un altar a la diosa Libertad en el recinto que el Dios de los dioses le repara por escenario de su ardiente fe, de ver a sus hermanos oprimidos iguales al magnate, retarle a combate, si se obstina en despreciar los fueros que las leyes naturales les consagran.

De párvulos primero su auditorio, y teniendo por valla su linaje, por pensum los derechos de los reyes, con preceptos que al criollo vilipendian, como al manso aborigen que devoran los tributos, el ultraje que a diario propinan los señores, la Pola, que en sus venas siente arder la indignación, deja que su verbo escape la protesta; y, rígido el índice de su diestra, señala, estigmatiza los fines proditorios de los viles mercaderes con una parte de la prole de Adán, disvinculada del dominio de su propia heredad, arrebatada.

Cerró el libro y plegó sus alas, su labio enmudeció y viendo su hogar triste y vacío, sin lumbre y sin amor tiende el vuelo de paloma mensajera de la Libertad. Recibela triunfal, como nuncio de victoria, la ciudad agonizante en garras de la fiera que goza en las orgías de

sangre y bacanal.

Halla eco en su noble corazón el horrible clamor del infortunio. Su espíritu dilata su mirada por mas amplios horizontes y haciendo procellosos su cátedra guerrera, escala la cima de los Andes, desde donde contempla la vasta labor que se ofrece a sus entusiasmos juveniles. Es ya entonces la que marca el Norte de esplendorosa constelación de héroes que vivaquean en las yermas cordilleras como en las ardientes pampas. Al fuego de sus ojos no resisten ni los mismos secuaces de Morillo, de cuyos arsenales saca recursos para los indigentes huestes que desafían las furias de las muy aguerridas y equipadas columnas de Fernando; vese escapar de los cuarteles escuadrones, convencidos de su error, que irán a compartir las fatigas con los campeones del derecho.

Las auras del Continente de la Democracia mecieron su cuna; los murmurios del torrente arrobaron su fantasía soñadora de lirismo ignoto, que al desprenderse de la agreste roca llevaba entre sus linfas las amargas quejas de la Libertad proscriba; viola penetrar en la espesura de las selvas invioladas en busca de refugio, amenazada del destierro, las prisiones, el cadalso.

Ya no es aura campestre perfumada la que acaricia su blonda cabellera; es hálito de muerte que invade la floresta y se ensenorea en las populosas Capitales; ya no son ramos de flores que acariciara de niña en su nativo patio, sino crespones y cintas enlutadas lo que se ofrece a su alma espartana; nó el murmurio de la fuente, sino los ayes del herido, los atambores y clarines, el estallido de las descargas que anuncian la desaparición de los que ayer juraron vencer o morir.

Semejante cuadro no aterra su indomable carácter y en el hogar antes tranquilo que acogiera cariñoso a la abnegada adolescente, ésta lo ha convertido en el Club Central donde se dan cita los corifeos de

estábamos muy bien en la pesebrera en que nos fenián, le instó a nuestro dueño que nos enviase a su hacienda, prometiéndole que nos cuidaría con esmero y que nos mandaría oportunamente a la ciudad siempre que se nos necesitase.

Entonces, repuse, el Doctor tiene un niño y éste es el amo de Merengue.

Así, es la verdad, respondió, pero no es uno sólo el niño que lo monta. Uno grandecito monta solo y es capaz de manejarlo; de suerte que con frecuencia acompaña a su padre en los paseos, y aún espera le cumpla la promesa que le ha hecho de traerlo a Hato-nuevo, atendiendo a la invitación que D. Cesáreo está reiterándole siempre con vivas instancias.

Al niño Carlitos, que es el más pequeño, lo saca por las calles a caballo un hombre formal que acude a la casa para varios menesteres. Este va a pie y lleva del diestro

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 16

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO V

Gracioso engaño que sufre D. Cesáreo.

Mis recelos eran infundados. El patrón solo quería ver en que estado nos hallábamos y hacernos al-mohacear y peinar. Mostróse satisfecho; varias veces me vió colear, pero no hizo otra cosa que reñir a un muchacho por que con su descuido en limpiar la caballeriza había dado lugar a que los mosquitos se multiplicaran intolerablemente. Ordenó que se nos diese un buen pienso de salvado y que en seguida nos soltasen a nuestro potrero.

Una vez en él, me atreví a hacer a Morgante unas preguntas que, de tiempo atrás, deseaba dirigirle, pero que se me habían atravesado en la garganta por el respeto que me inspiraba aquel digno caballo:—¿Ud. y su compañero son de propiedad de D. Cesáreo? ¿A qué han debido el privilegio de venir a pacer en el Paisaje, potro que el amo no permite excepto en casos muy extraordinarios que sea pisado más que por los bueyes que están cebándose?

—Mi compañero y yo, me contestó Morgante, pertenecemos al Dr. Barrantes. Este es un abogado de buena y muy merecida fama que está defendiendo a D. Cesáreo en un pleito de mucha monta que lo preocupa por extremo. D. Cesáreo no pierde ocasión de obligar a su abogado: siempre le está enviando primicias de sus cosechas, corderos cebados, manzanas exquisitas u otros regalos. Viendo que nosotros no